

*Director*

José Luis Molinuevo

*Gerente*

Carmen Asenjo

*Secretario*

Domingo Hernández

*Secretario Técnico*

Iñaki Gabaráin

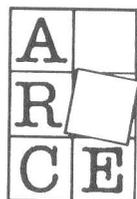
*Consejo Editorial*

Juan Pablo Fusi, Emilio Lamo de Espinosa,  
Andrés Ortega Klein, Francisco Prados de la Escosura,  
Fernando R. Lafuente, José Varela Ortega

*Consejo Asesor*

Marta Campomar, Helio Carpintero, José Lasaga,  
Thomas Mermall, Juan Manuel Navarro Cordón, Nelson Orringer,  
José Antonio Pascual, Ramón Rodríguez, Ignacio Sánchez Cámara,  
Javier San Martín, Luis Gabriel-Stheeman

Redacción, Administración y Suscripciones  
Centro de Estudios Orteguianos. Fundación Ortega y Gasset.  
Fortuny, 53. 28010 Madrid  
Teléf. : 91 700 41 39 Fax: 91 700 35 30  
Correo electrónico: fogesor@accessnet.es



Esta revista es miembro de ARCE.  
Asociación de Revistas Culturales  
de España.

Fundación Ortega y Gasset, 2001

Diseño y maquetación: Vicente A. Serrano

Diseño de cubierta: Florencia Grassi

ISSN: 1577-0079

Depósito Legal: M-43.236-2000

Reimpresión: Lufocomp

Impresión: Algorán

Encuadernación: Ramos

Impreso en España

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación, incluido el diseño de la maqueta  
de la cubierta, su inclusión en un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier  
medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, registro u otros métodos, sin el permiso por escrito  
de los titulares del Copyright.

# Sumario

Número 2. Mayo de 2001

<i>Editorial</i>	7
DOCUMENTOS DE ARCHIVO	
Papeles de trabajo de José Ortega y Gasset	
<i>Notas de Trabajo sobre Heidegger. Primera parte</i> José Ortega y Gasset	
Edición de José Luis Molinuevo y Domingo Hernández Sánchez	9
Itinerario biográfico	
<i>Viaje a la Argentina, 1916. Segunda parte</i> Carmen Asenjo e Iñaki Gabaráin	29
COMUNICACIONES	
<i>Presentación</i>	65
LA DESHUMANIZACIÓN DEL ARTE	
<i>La ironía del arte.</i> Miguel Ángel Hernández Saavedra	69
<i>Deshumanización del arte y humanización de la técnica. A las puertas de un sentimiento estético/cyborg de la vida.</i> Luís Miguel Prata Alves Gomes	77

<i>calia". Origen de La deshumanización del arte.</i> Nicolás sma Landrín	83
<i>La elección en el orteguismo de los años veinte.</i> Francisco José artín	91
CIÓN DE LA UNIVERSIDAD	
<i>La y música a partir de La rebelión de las masas.</i> Antonio otario Ruiz	105
<i>La rebelión de la Universidad contra la barbarie. Pensar con Ortega, veinte años después.</i> Margarida I. Almeida Amoedo	111
<i>La rebelión de la Universidad en el homenaje del 18 de noviembre de 1955.</i> Rafael García Romero	119
<i>La rebelión de la Universidad radical. Notas sobre La rebelión de las masas.</i> Felipe desma	131
<i>La rebelión de la Universidad y Gasset como representante de la preocupación social de una generación. Vieja y nueva política.</i> Juan Ernesto Pflüger mper	137
<i>La rebelión de la Universidad griegas y latinas en José Ortega y Gasset. Apuntes sobre su formación, obra y pensamiento.</i> Luis Miguel Pino Campos	145
<i>La rebelión de la Universidad y el género neutro. Reflexiones sobre el porvenir de la novela.</i> Rafael Narbona Monteagudo	157
<i>La rebelión de la Universidad: métodos y formatos de las críticas literarias de José Ortega y Gasset.</i> Ignacio Blanco Alfonso	165
<i>La rebelión de la Universidad: carácter estético de la filosofía de la razón vital. Una presentación.</i> Antonio Gutiérrez Pozo	175
<i>La rebelión de la Universidad y el surgimiento de una nueva sensibilidad.</i> Rafael García onso	185
<i>La rebelión de la Universidad al servicio de la necesidad pública.</i> Margarita Márquez Padorno	193

LA REBELIÓN DE LAS MASAS	
<i>La presencia de Ortega y Gasset en la obra de István Bibó.</i> Dezső Csejtei	199
<i>La crisis del deseo. La rebelión de las masas a la luz de Meditación de la Técnica.</i> Pedro Luis Moro Esteban	215
<i>La docilidad de las masas en la teoría social de Ortega y Gasset.</i> María Isabel Ferreiro Lavedán	223
<i>El círculo humano de lo social. La continuidad convivencia-sociedad en el pensamiento de Ortega y Gasset.</i> Guillermo Suárez Noriega	231
<i>¿Ética de la política o ética del político? Ortega y la relación ética- política en la época de la sociedad de masas.</i> Javier Franzé	243
<i>Ortega lector de Ortega. Compresencia de La rebelión de las masas en José Ortega y Gasset.</i> Roberto Eduardo Aras	253
<i>Reflexiones sobre la crisis de la vida colectiva en La rebelión de las masas. ¿Una visión dantesca de la sociedad?</i> María Cristina Pascerini	265
<i>La rebelión de las masas: pronóstico de una realidad desafiante.</i> Guillermina Alonso Dacal	273
<i>Papel sociológico de la juventud en La deshumanización del arte, La rebelión de las masas y Misión de la Universidad.</i> Béatrice Fonck	281

en el aula sus palabras con aspaviento rendido y beato, que la beatería no debe tener puesto en la Universidad, sino cuando su obra sea conocida y discutida...". Esa clara apuesta por la convivencia y por la tolerancia se muestra de nuevo en estas palabras: "¿cómo expresaremos nuestra gratitud? ¿cómo querría Ortega que la expresásemos? Yo creo que ejercitando dos acciones sucesivas: la primera, conocer esa herencia según su realidad propia y no a través de las apasionadas versiones que de ella han solido darnos tantos deformadores; la segunda, discutirla con espíritu de verdad y con espíritu de aventura –la aventura en que nuestra personal inteligencia se haya empeñado– para aceptar de ella con alegría lo que nos convenza y potencie, y para abandonar sin encono lo que de ella nos desplazca. Tal es la razón y tal debe ser el estilo de nuestro homenaje"<sup>17</sup>. Laín sabe que el homenaje, y así lo dice, "era un estricto deber". Pero es un estricto deber en una Universidad que sea fiel a sí misma, que se configure en una nueva idea de España. De la resignación inicial pasa a la esperanza, que se concreta en la juventud. Como ya hemos contado esa esperanza se truncó para él, en febrero de 1956. Pero allí también nació una generación, la generación del 56, que tomando como símbolo a Ortega –con todas las insuficiencias y ambigüedades que se quiera– quiso cambiar los usos y abusos en un país, el nuestro, que veintiún años después recobraría la libertad y la esperanza. Y en este recorrido, hemos querido apuntar, que la *Misión de la Universidad* encarnada en los jóvenes universitarios, tuvo –aunque sólo fuera símbolo integrador– su importancia.

## El mal radical. Notas sobre *La rebelión de las masas*

Felipe Ledesma

### Resumen

Es el propósito de estas notas mostrar que en *La rebelión de las masas*, junto con escritos posteriores, como *Misión de la Universidad* o *El hombre y la gente*, entre otros, se encuentra una doctrina sobre el mal radical, entendido como propensión a la inercia del hombre-masa. Propensión que se nos hace patente en el *factum* del descontento, comprendido por similitud con el kantiano *Faktum* de la razón. Desde dicha doctrina se ilumina, a su vez, el asunto central de *La rebelión de las masas*.

### Palabras clave

Hombre-masa, Mal, Rebelión de las masas

### Abstract

The purpose of the present contribution is to show that in *The Revolt of the Masses* and in several later writings, as *Mission of University or Man and People*, among others, we can find a doctrine about the radical evil, understood as propensity for the inertia of the mass-man; a propensity that makes itself clear for us in the *factum* of the discontentedness, understandable as similar to Kant's *Faktum der Vernunft*. The central matter of *The Revolt of the Masses* is enlightened from this doctrine.

### Keywords

Mass-man, Evil, Revolt of the masses

Como es sabido, Kant habla de una índole o calidad moral del género humano<sup>1</sup>: junto a su natural disposición hacia el bien puja una inextirpable propensión al mal. Este viejo tema kantiano resuena con fuerza en las páginas de Ortega, filtrado a través de Nietzsche: tiene mi vida una índole o calidad moral, que en rigor es previa a toda moral, resultante del predominio de una propensión a la inercia, al dejarse llevar, sobre la disposición creadora que la anima. "Toda maldad –leemos en "No ser hombre de partido"– viene de una radical: no encajarse en el propio sino. De aquí que no haya maldad creadora"<sup>2</sup>. Este mal es radical porque de él procede toda perversidad, todo envilecimien-

<sup>1</sup> Cfr. "Von der Einwohnung des bösen Prinzips neben dem guten: oder über das radikale Böse in der menschlichen Natur", parte primera de *Die Religion innerhalb der Grenzen der blossen Vernunft*, en *Werkausgabe*. Frankfurt am Main: Suhrkamp, tomo VIII, 1982, 4ª ed. Hay una excelente traducción española de Felipe Martínez Marzoa: *Sobre la religión dentro de los límites de la mera razón*. Madrid: Alianza, 1969.

<sup>2</sup> IV, 79. Todas las referencias a las obras de Ortega remiten a *Obras completas*. Madrid: Alianza Editorial / Revista de Occidente, 1983, indicando el volumen en romanos y la página en arábigos.

<sup>17</sup> LAÍN ENTRALGO, PEDRO: "La razón de un homenaje", en VV.AA.: *Acto en memoria de Don José Ortega y Gasset*. Ed. cit., pp. 71-77. Todas las citas mencionadas proceden de su intervención.

to y encanallamiento<sup>3</sup>; pero también porque, como Kant nos enseñara, es inextirpable, no se deja erradicar. De un modo parecido a como Kant sostiene que nuestra disposición al bien no puede separarse de nuestra propensión al mal, a la que es incapaz de vencer definitivamente, insiste Ortega en que esa maldad radical que se oculta tras de todo acto perverso es la acompañante inevitable de nuestro afán creador, del ansia de ser —esto es, de realizar— que impulsa nuestra vida, pero sin que alcance a vencerla definitivamente. Si Kant descubre dicha inseparabilidad en lo que llama el *Faktum* de la razón pura, pues la Ley se nos hace patente no de otro modo que como deber, como un no poder sustraernos a una exigencia de universalidad que, sin embargo, cuesta mucho cumplir, y justo por eso se nos presenta como obligación, Ortega, en cambio, la encuentra en la estructura misma de mi vida, que es decisión, limitación, destino. La inseparabilidad de impulso creador y mal de inercia se me hace manifiesta en que no puedo sustraerme a la exigencia de que mi vida sea la que tiene que ser, realización de un destino intransferible y concretísimo. Exigencia ésta que se me presenta y se me impone no en el modo del deber, sino en la experiencia de eso que solemos llamar el descontento y que Ortega gustaba de definir como “especie de amor sin amado y un como dolor que sentimos en miembros que no tenemos”<sup>4</sup>. Que me encuentre descontento —es decir, que es descontento como me encuentro— significa que acepto la imperfección de lo que hay precisamente porque me hace falta su irrenunciable perfección, que asumo la manquedad de mi destino sin darme, a la vez, por satisfecho. Que me encuentre descontento significa que lo que hay es “un instinto frenético hacia lo óptimo”<sup>5</sup>, significa que lo que hay es afán de creación, de lucha y resistencia a brazo partido contra lo “incompleto e imperfecto de cuanto da la realidad”<sup>6</sup>. Que me encuentre descontento significa, pues, que lo que hay es mi vida; es decir: lo que no hay, pero hace falta.

Así, este *factum* en el que se me muestra el vínculo entre mal de inercia e impulso creador, este *factum* de mi vida resulta ser todo lo contrario de un *factum*: mi vida es quehacer y, con ello, limitación, decisión, destino. El *factum* de mi vida, el *factum* del descontento se me presenta inexorablemente como una tarea que da mucho que hacer, que exige mucho esfuerzo; tanto, que nos hace flaquear. Una tarea que nos fatiga y desgasta precisamente porque consiste en una labor de desgaste, de resistencia.

<sup>3</sup> Cfr. *La rebelión de las masas*, IV, 212-213 n., 242 y *Misión de la Universidad*, IV, 327.

<sup>4</sup> “La «Filosofía de la Historia» de Hegel y la historiología”, IV, 521; *¿Qué es filosofía?*, VII, 314 y 331; *Meditación del pueblo joven*, VIII, 370; *Una interpretación de la historia universal*, IX, 190; “Sobre un Goethe bicentenario”, IX, 568; y “El mito del hombre allende la técnica”, IX, 623.

<sup>5</sup> “La «Filosofía de la Historia» de Hegel y la historiología”, IV, 522.

<sup>6</sup> *Ibid.*, IV, 521.

Tanto en Kant como en Ortega nos encontramos con que aquello que exige esfuerzo y nos hace flaquear es la exigencia de resistir frente a lo que en cada caso tira de nosotros como impulso motriz de nuestros actos; exigencia a la que, siendo una pura formalidad, no podemos sustraernos, sin embargo. Lo que se resiste a dicha exigencia y, por tanto, aquello a lo que en cada caso se nos exige resistir, lo entiende Kant como deseo, como determinación patológica de la voluntad; Ortega lo interpreta, en cambio, como sociedad y tradición<sup>7</sup>. Una y otra nos empujan con una fuerza arrolladora e imperturbable, que nos trae y nos lleva, en la que vamos montados y que apenas podemos modificar, no ya suprimir. Son lo que en mi vida “pervive inercialmente y a la deriva”<sup>8</sup>. Y esta pervivencia inercial y a la deriva tiene lugar en mi vida, precisamente, porque me hallo descontento de que mi vida consista en ese dejarse llevar. Es dicho descontento ante la inercia de mi vida lo que propiamente la hace mía.

Pero el mal radical kantiano no consiste, como es sabido, en desear (esto lo haría inimputable y a nosotros amorales), sino en una cierta propensión a anteponer el deseo como motivo impulsor en nuestra máxima, con respecto a las exigencias de la razón, con respecto al deber. De un modo similar, Ortega nos habla de un mal radical que no consiste en la tradición o en la sociedad (sin las que no sería posible mi vida, pues ésta comienza a ser en tanto que un hallarme descontento frente a ellas), sino que consiste, dicho kantianamente, en una cierta propensión a anteponer tradición y sociedad con respecto a la exigencia de decidirme y aceptar mi destino, mi limitación, en el argumento que da que hacer a ese “animal etimológico”<sup>9</sup> y “fantástico”<sup>10</sup> que desempeña el papel protagonista en el drama de mi vida. Dicho de otro modo: la maldad radical no es otra cosa que una cierta propensión a dejarse llevar; y a esto se lo suele llamar inercia. Y es que el mal radical consiste en que mi vida la vive un hombre-masa<sup>11</sup>. El encargado de asumir ese quehacer que se le viene encima y que se le hace patente en el hallarse descontento, el que no puede dejar de decidirse, ése que en cada caso somos nosotros, es un hombre-masa; es decir: alguien que ya se está dejando llevar, cuando se encuentra a sí mismo en el modo del descontento, inercialmente y a la deriva, arrastrado por una cierta suma de tradiciones, no siempre coherentes<sup>12</sup>, movido por una serie de usos sociales que ejecu-

<sup>7</sup> Cfr. *El hombre y la gente*, VII, 144; “Un rasgo de la vida alemana”, V, 202-203; y *Unas lecciones de metafísica*, XII, 89-90.

<sup>8</sup> *El hombre y la gente*, VII, 220.

<sup>9</sup> *Ibid.*

<sup>10</sup> *El hombre y la gente*, VII, 253.

<sup>11</sup> Cfr. *La rebelión de las masas*, IV, 183, así como “Revés de almanaque”, II, 722.

<sup>12</sup> “Muerte y resurrección”, II, 153.

ta pese a que no tienen sentido<sup>13</sup>. Por ello, la exigencia de decidirse y asumir su limitación, que es su destino, se le presenta inevitablemente a ese hombre-masa que es cada uno de nosotros como un no tener más remedio que resistir a la inercia. Por eso mismo también, su renuncia a resistir, su embotarse para el descontento, su pérdida de afán creador, la puede llamar Ortega la rebelión del hombre-masa. Rebelión que, propiamente hablando, no es tal rebelión, sino más bien todo lo contrario: un puro conformismo, un dejarse llevar inercialmente y a la deriva, sin asomo de inquietud o de insatisfacción. La actitud del hombre-masa en rebeldía la caracteriza Ortega precisamente como la propia del "señorito satisfecho", cómodo y aun acomodaticio en su seguridad, porque no le preocupa de dónde le viene esa seguridad. Lo que esta actitud tiene, pues, de rebelde no es otra cosa que su irrupción hasta el primer plano social, resultado –sigue diciendo Ortega– del nuevo hombre que ha madurado en Europa<sup>14</sup>, "producto automático de la civilización moderna"<sup>15</sup>, opulenta, dominadora e ilimitadamente confiada en sus posibilidades. Sobre todo esto haría falta responder, claro está, a unas cuantas preguntas. Tendríamos que preguntarnos, en primer lugar, si es acertado este diagnóstico de lo que estaba pasando en Europa hace setenta años. Habría que preguntarse también si no será un diagnóstico certero de lo que está pasando ahora mismo. Pero, sobre todo, tendríamos que averiguar cómo se modifica históricamente ese dejarse llevar del hombre-masa o, en palabras del propio Ortega, cómo llega a madurar una forma nueva de hombre.

En cualquier caso, lo que hace posible esta "rebelión de las masas" es el hecho, el *factum* de mi vida: el encontrarse descontento del hombre-masa encargado de asumir en el drama de mi vida el papel protagonista. Su propensión a la inercia es el mal radical. Por ello mi vida es drama, quehacer, un menester de resistencia, difícil y laborioso, justamente contra quien únicamente puede llevarlo a cabo. ¿Quiere esto decir que, siguiendo en esto también la similitud con Kant, de lo que escribe Ortega se sigue que es ésta para nosotros una inercia culpable? ¿Que hay algo así, incluso, como un pecado original del hombre-masa? En un cierto sentido, sí, indudablemente, dada la radicalidad del mal de inercia, que es inextirpable. Mas no desde luego, en un sentido estricto, pues se trata aquí de una maldad anterior a toda maldad moral, si es que puede decirse de esa manera. Bien es cierto que se trata de un decidirse anterior a toda decisión buena o mala; y que esto es algo parecido a ese mal radical del que habla Kant: imputable a cada uno de nosotros, pese a que ningún hombre lo

<sup>13</sup> Cfr. *El hombre y la gente*, VII, 209 y 216.

<sup>14</sup> Cfr. *La rebelión de las masas*, IV, 207 ss.

<sup>15</sup> *La rebelión de las masas*, IV, 210.

haya cometido nunca. Bien es cierto también que la inercia, o, mejor, la propensión del hombre-masa que somos cada uno de nosotros a dejarse llevar, suscita un rechazo en nosotros mismos. Pero ese rechazo y esa inquietud del que está que no se halla, como tan expresivamente dice nuestra lengua, o se halla mal, no es culpa, sino descontento: más que encontrarme culpable por no poder dejar de desear, me encuentro descontento por no desear con fuerza suficiente. Y es que la maldad radical o propensión a dejarse llevar del hombre-masa no se opone a una disposición para el bien, entendido éste como cumplimiento del deber, sino más bien para la creación, que es, como decíamos, "un instinto frenético hacia lo óptimo". Y de ahí, de lo óptimo surge la posibilidad de juzgar buenas o malas las acciones de ese hombre-masa que en cada caso somos nosotros mismos.